

CALEIDO

ARQUEOLOGÍA

ECONOMÍA

LITERATURA

LIBROS

Buceando en el *inframundo maya*

LOS CENOTES ERAN LA PUERTA DE ENTRADA A XIBALBÁ, EL MUNDO SUBTERRÁNEO REGIDO POR LOS DIOS DE LA DESTRUCCIÓN Y LA MUERTE. NOS ADENTRAMOS EN SU INTERIOR, ENTRE FRAGMENTOS DE VASIJAS Y RESTOS HUMANOS

En el interior del agujero la oscuridad es total. El fino haz luminoso del foco rasga las tinieblas como un afilado puñal, mostrando las paredes de la angosta cueva y creando siniestras sombras que parecen tener vida propia. De repente, la luz descubre una calavera mutilada y el buceador se sobresalta ante el hallazgo, perdiendo, por unos segundos, su perfecta flotabilidad. No es para menos, sabe que está en la mismísima morada de Chabán, el dios maya de los sacrificios humanos...

Los arqueólogos subacuáticos escudriñan minuciosamente el nuevo yacimiento sumergido, uno de los muchos que existen en el interior de los cenotes mexicanos de la península de Yucatán, donde aún se esconden oscuros secretos por desvelar. El equipo de expertos se mueve bajo las aguas con sumo cuidado; no en vano se juegan la vida en cada movimiento. Su trabajo está considerado como uno de los más peligrosos que

existen. Pero ellos insisten, cada hallazgo, cada nuevo descubrimiento abre una nueva ventana al pasado, a nuestra historia y a nuestros orígenes más remotos. En los últimos años, Yucatán y sus cenotes se han convertido en uno de los "puntos calientes" de la arqueología mundial. El misterio, la magia, la sangre y la muerte siempre estuvieron presentes en los mayas prehispánicos que poblaron estas tierras mexicanas. Antes de la llegada de Hernán Cortés, estos indígenas abrazaban con fervor, e incluso con fanatismo, una religión que creía ciegamente en un inframundo —ellos lo llamaban Xibalbá— habitado por todo tipo de seres divinos y sobrenaturales que exigían sacrificios humanos para saciar sus instintos más despiadados.

Los cenotes —que en lengua maya (*ts'onot*) significa "abismo" o "profundidad"— son hondos pozos de agua dulce que recorren en forma de ríos subterráneos el subsuelo de Yucatán. Eran considerados por esta civilización como puntos de entrada al Xibalbá. Sus características geomorfológicas, tales como la oscuridad, la presencia

de agua y de animales que se asocian a la muerte, a la noche y al mundo inferior, llevan a pensar que estos sitios eran considerados puertas de entrada al inframundo. Las distintas líneas de investigación que sigue el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), el organismo mexicano competente para investigar, estudiar y proteger los restos arqueológicos que se encuentran en estos cenotes, apuntan al uso diverso de estos lugares como depósitos mortuorios, receptáculo de ofrendas y también, según las fuentes coloniales, para sacrificios hu-

SCOPIO

EXPOSICIONES

CONCURSO

PRÓXIMO NÚMERO

MI HÉROE

Un arqueólogo desciende mediante cuerdas al interior de una de las POZAS SAGRADAS, Universidad Autónoma de Yucatán/EFE.



LOS PREPARATIVOS. Chano Montelongo (derecha), autor del reportaje, comprueba el estado del material de buceo momentos antes de sumergirse en un cenote.

manos de niños en honor al dios Chaac (o Tláloc), deidad maya de la lluvia, y a Chabán, el dios de la destrucción y los sacrificios humanos.

SACRIFICIOS DE PERSONAS VIVAS. En documentos históricos se registran diferentes formas de sacrificios rituales, como la extracción del corazón, la decapitación, el despeñamiento de víctimas atadas por las escaleras de los templos y la precipitación de personas vivas al interior de los cenotes. Este último ritual, que era conocido con el término *Chen Ku*, tenía como objetivo el

suplicar al dios Chaac que propiciara la lluvia, algo vital para un pueblo eminentemente agrícola. Por eso, en diferentes escritos se relacionan directamente los largos períodos de sequía con el aumento de este tipo de sacrificios humanos. En el Cenote Sagrado de Chichén Itzá, la más famosa ciudad maya del Yucatán, se han documentado cientos de esqueletos de indígenas que murieron en rituales de este tipo. La ofrenda se desarrollaba siempre al anochecer, a la luz de las antorchas. El *Xmenob* —una especie de sumo sacerdote— ofrecía la víctima a la divinidad a través

de cánticos y oraciones y, luego, ordenaba arrojarla viva al cenote, junto a piedras preciosas y otros objetos de valor. Los mayas no pensaban que los sacrificados morirían en la caída, sino sólo que desaparecerían en el inframundo, donde a partir de ese momento formarían parte de esa otra realidad paralela al mundo de los vivos.

Sin embargo, recientes descubrimientos realizados por el equipo del investigador Guillermo de Anda, director del Departamento de Arqueología Subacuática de la Universidad Autónoma de Yucatán y especialista en



Buceando en el
inframundo maya

➡ Antropología Esquelética, en otros cenotes del entorno de Chichén Itzá han revelado una, hasta ahora, desconocida ofrenda mortuoria en la que había huesos humanos de, al menos, seis individuos –probablemente sacrificados–, vasijas de cerámica, cuentas de jade, cuchillos de pedernal y otros objetos. Según todos los indicios, la ofrenda fue depositada en la época prehispánica (siglos IX y X) durante un ritual de petición de lluvia en honor al dios Tláloc.

ENTRE CARTER Y LIVIGSTONE. Antes de seguir hablando de los cenotes mexicanos y los restos arqueológicos mayas, es indispensable hacer un inciso para hablar de los investigadores que se pasan la vida ex-

LOS MAYAS USABAN LOS SACRIFICIOS PARA COMUNICARSE CON SUS INSACIABLES DIOSES Y LOS CENOTES ERAN LAS PUERTAS DE ACCESO A ESE MUNDO TENEBROSO

plorando estos yacimientos. Si a la típica imagen que tiene la sociedad del arqueólogo, docto e ilustrado –como, por ejemplo, Howard Carter, el descubridor de la tumba de Tut-anj-Amón–, le unimos cualidades más representativas de los grandes aventureros de la historia –como Amundsen o Livingstone–..., pues nos sale una especie de Indiana Jones, a ratos rodeado de toscos libros de historia, a ratos inmerso en aventuras de finales inciertos. Uno de los más importantes y brillantes científicos de los últimos tiempos de Latinoamérica, que bien podría representar esta idea, es el citado Guillermo de Anda, no sólo protagonista de importantísimos descubrimientos arqueológicos en las últimas décadas, sino, además, uno de los buzos con mayor currículum

En el Estado de Yucatán hay censados 2.300 CENOTES, al igual que en Quintana Roo. Y muchísimos de ellos custodian restos óseos y cerámica.



Los cenotes –que en lengua maya significan “abismo” o “profundidad”– son hondas POZAS DE AGUA DULCE que recorren en forma de ríos el subsuelo.

de todo México (fue el primer buceador especializado en cuevas de este país).

Si tenemos en cuenta que estas grutas yucatecas eran utilizadas como refugio de hombres y fauna antes de la Glaciación y que, posteriormente, cuando ya se convirtieron en ríos subterráneos, la civilización maya continuó usándolas como lugares de sacrificios humanos en honor a sus dioses, los cenotes y cuevas mexicanas son, en realidad, unos grandes nichos arqueológicos que atesoran una valiosa información sobre nuestros orígenes. “Sabemos que en

los cenotes podemos encontrar fauna del Pleistoceno (entre 2,5 y 0,01 millones de años), equinos, camélidos, etc., incluso de antes de la presencia humana en América. La mayoría de los restos humanos hallados en estos yacimientos se refieren a los últimos milenios, cuando dos mil quinientos años a.C. se empezaron a crear estructuras sociales mucho más complejas, en las que la aparición de la religión es



fundamental. A partir de aquí, en los cenotes podemos encontrar combinaciones entre restos óseos de humanos y animales”, explica Salvador Guilliem Arroyo, coordinador nacional del INAH.

Durante siglos –se calcula que cerca de dos mil años antes de que Hernán Cortés y las tropas de Carlos V pisaran este territorio– los pueblos que habitaron el Mayab desarrollaron fascinantes mitologías cuyo objetivo era dar sentido a su mundo. En su particular concepción del universo, la sangre, los sacrificios, los rituales mágicos y la creencia en el reino de los muertos conformaron una religión que hoy nos resulta macabra y fascinante a partes iguales. Los mayas usaban el sacrificio humano como forma de comunicación con sus insaciables dioses y los cenotes eran las puertas de acceso a ese mundo tenebroso, Xibalbá o “el lugar del temor”. El Cenote Sagrado de Chichén Itzá, con sus cientos de esqueletos, es el más célebre, pero en la península de Yucatán hay muchísimos más cenotes que albergan yacimientos. “En el Estado de Yucatán hay censados 2.300 cenotes, al igual

que en Quintana Roo, donde también se cuentan por miles. En muchísimos de estos cuerpos de agua se encuentra material cultural, incluyendo restos humanos y de fauna extinta”, explica Pilar Luna, directora del Área de Arqueología Submarina del INAH –una de las profesionales con más prestigio de América Latina y que ha contribuido decisivamente en la protección de la herencia sumergida cultural de México.

Homún, un pequeño municipio cercano a la ciudad mexicana de

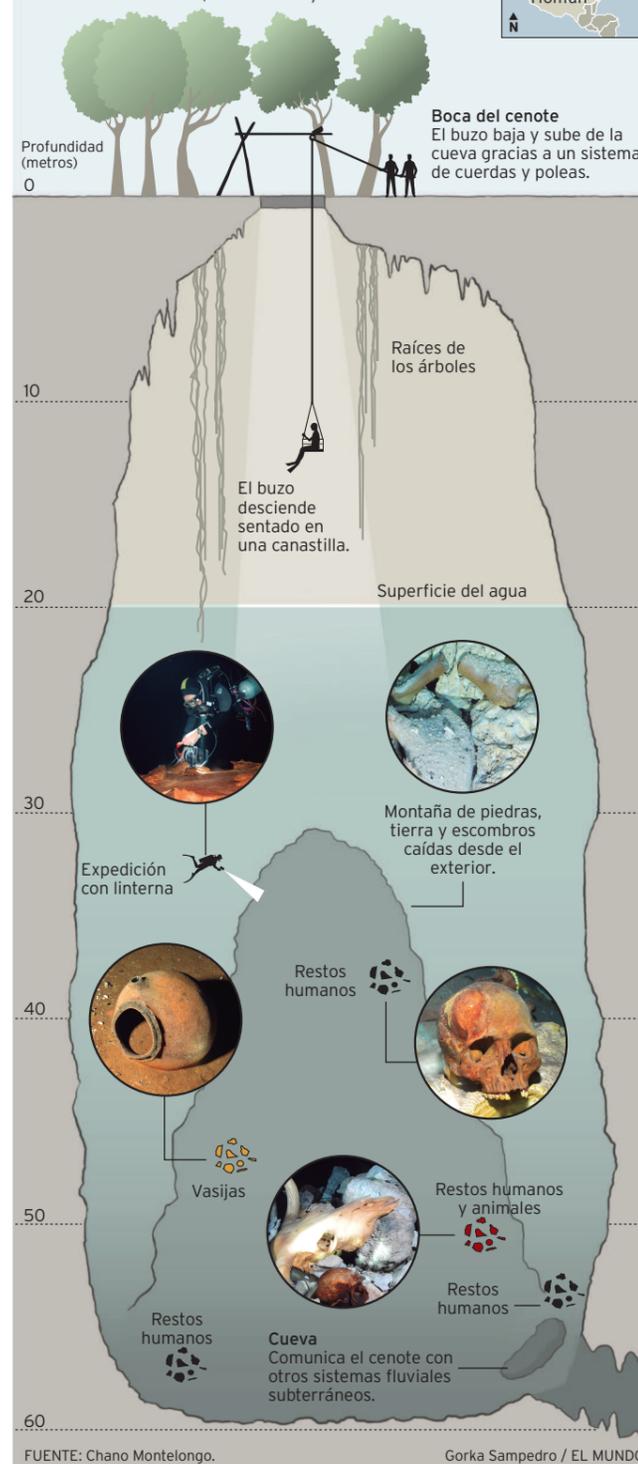
Mérida, alberga numerosos yacimientos sumergidos de estas características, como Balmi, Cholul, Kanum, San Antonio y Xkankal. Todos estos yacimientos esconden numerosos esqueletos de unos dos mil años de antigüedad y abundante cerámica, vasijas y otros objetos domésticos de la época prehispánica, y se han convertido en una verdadera atracción turística, ya que están abiertos, a modo de “museo al aire libre” –o, más bien, “museo submarino”– a los aficionados al buceo y a la arqueología subacuática. Es cierto que la presencia de personas no expertas en estos cenotes pone en riesgo los yacimientos, pero subsanado este problema con el cumplimiento de unos protocolos de comportamiento y seguridad, se convierten en el mejor lugar para admirar las culturas antiguas, ya que en estos nichos arqueológicos los restos se mantienen en perfecto estado de conservación. Hemos de tener en cuenta que bajo estas aguas –que son dulces y pobres en oxígeno– se produce un interesante fenómeno físico que en arqueología subacuática se denomina “efecto cápsula del tiempo”, por el que los restos óseos no presentan tantos desperfectos como los que se encuentran en la superficie terrestre, donde se produce una gran descomposición orgánica y, además, están más expuestos al deterioro por la intervención humana.

“PROHIBIDO TOCAR”. El INAH ha puesto en marcha un nuevo proyecto, capitaneado por Pilar Luna, responsable de la subdirección

de Arqueología Subacuática de esta institución, denominado *El Gran Atlas de los Cenotes* que tiene como objetivo crear un mapa de aquellas cuevas sumergidas que contengan yacimientos arqueológicos con

En el corazón de un cenote

Los arqueólogos han descubierto en las profundidades del cenote de Xkankal (Homún), restos óseos humanos, de animales y cerámicas.



el fin de que, una vez hecho el inventario de su contenido, abrirlo al público (buceadores recreativos) para que, siguiendo estrictas normas de comportamiento, puedan acercarse al mundo de la arqueología sub-

marina. En este atlas estarían incluidos todos los cenotes de los Estados de Yucatán, Quintana Roo, Chiapas y Campeche. “Lo que estamos intentado es tratar de que la gente que vive de llevar a otras personas a bucear pueda acceder a estos lugares. Una vez que nosotros hemos hecho toda la prospección y un proyecto de protección y conservación, les permitimos visitarlo, obligando a estas empresas a participar con el Gobierno Federal en la conservación de estos depósitos arqueológicos. No se puede mover ni tocar absolutamente nada”, indica Salvador Guilliem.

EXPOLIO DE YACIMIENTOS.

Por supuesto, la apertura para la realización de esta nueva actividad turística de arqueología subacuática que comienza ahora a desarrollarse en Yucatán, tiene sus riesgos, sobre todo en cuanto al expolio de los yacimientos. Sin embargo, el Gobierno mexicano confía en que la implicación de los centros de buceo en el proyecto de conservación reduzca los muchos casos que se registran de saqueo de estos lugares. No obstante, en los cenotes abiertos a este tipo de inmersiones de carácter turístico se han dado casos de evidente manipulación de los restos, sobre todo de los cráneos (perfectamente colocados y orientados). “Esto se debe, en gran parte, al auge del buceo deportivo y de gente profesional que se dedica a la espeleología. Si no se respeta el entorno, estas actividades dañan completamente los lechos

arqueológicos. Alteran los contextos impidiendo a los arqueólogos que extraigan informaciones valiosas de los comportamientos humanos”, explica Guilliem. ■

CHANO MONTELONGO